

De la reflexión a la empiria: transformaciones en el quehacer del sociólogo

RODRIGO ASÚN INOSTROZA

Este artículo constituye una doble paradoja. En primer lugar, no responde a la motivación central del presente número de la revista. Más aún, podríamos decir que incluso discute y polemiza con dicha orientación. Pido disculpas a los lectores por haber incluido estas reflexiones en este contexto. En segundo lugar, este artículo se puede leer como una paradoja en sí mismo, en la medida en que lo defendido por el discurso que a continuación desarrollo, llama a la reducción de los ejercicios intelectuales similares a éste. En otras palabras, este artículo también argumenta contra sí mismo. Aclaro de antemano que la fuente principal de inspiración de mis reflexiones está constituida principalmente por la evolución de la sociología, por lo que aquellos lectores que provengan de otras disciplinas, tendrán que reflexionar sobre la aplicabilidad de ellas a otros campos académicos y profesionales.

Pero, ¿cuál es el problema de este artículo?, ¿dónde está esa doble paradoja? Precisamente, la paradoja consiste en que siendo este artículo una reflexión teórica general sobre la evolución del ejercicio de la sociología en nuestros días, el mensaje que desprenderemos de él es la necesidad de disminuir la proporción en la cual la tarea intelectual de los sociólogos consiste en reflexionar teóricamente sobre objetos generales.

Haciendo un repaso de algunos de los principales cambios que podemos observar en el ejercicio de la actividad sociológica y su contexto social en los últimos años, creo que podemos notar algunas tendencias relativamente claras que paso a describir:

Se puede observar de parte del Estado chileno, de los organismos internacionales y de las organizaciones no gubernamentales que gestionan grandes proyectos de intervención, una fuerte demanda por profesionales sociólogos con fuertes capacidades de gestión, de trabajo en equipo, de evaluación y de sistematización de las intervenciones. Mi experiencia me indica que el modelo de sociólogo con

fuertes habilidades de reflexión global y dominio teórico es incluso resistido en este tipo proyectos de intervención.

Tanto en la opinión pública común, como entre los profesionales especializados, se ha difundido la necesidad de disponer de índices o indicadores cuantitativos como medio de evaluar el desempeño de cualquier actividad (por ejemplo, leyendo los diarios habitualmente se pueden encontrar índices de confianza empresarial, de transparencia de la gestión pública, de tolerancia, de riesgo-país, entre otros muchos). Nos estamos convirtiendo en un país de consumidores de índices, los que incluso logran aumentar o disminuir la autoestima nacional, dependiendo de la posición relativa que alcanzamos en el contexto mundial.

La actividad política se regula actualmente en fuerte medida por los resultados de las encuestas, las que ya no sólo miden el «pulso» de la opinión de las personas en ambientes preelectorales, sino que sirven continuamente de contrapunto de las más variopintas iniciativas, apoyando algunas y desaconsejando otras. Al menos desde fuera del sistema político parece que parte importante de las posiciones que toman los distintos actores de éste están delimitadas por los resultados de las últimas encuestas, al punto que el «tener una encuesta que apoya tal postura o tal candidato» ha pasado a ser un argumento decisivo en la discusión política intrapartidaria.

La predominancia que actualmente han alcanzado las encuestas en el área política es sólo un ejemplo extremo de un proceso mayor. Actualmente, tanto el Estado como numerosas organizaciones formulan y aplican encuestas para obtener información de los más diversos temas, aumentando la disponibilidad de información social sistemática a niveles nunca antes vistos en nuestro país. Un ejemplo nítido de la penetración de esta tecnología en el mundo social lo constituye el que el Ministerio de Planificación, lo primero que hizo para enfrentar el problema de las personas en situación de calle en Chile, fue aplicar una encuesta.

Es importante destacar que este proceso no está restringido al Estado (por el contrario, numerosas organizaciones privadas participan del movimiento). Tampoco su límite es la investigación cuantitativa, por el contrario, y, como ejemplo, la realización de «focus» se ha institucionalizado como práctica en la mayor parte de los estudios de mercado.

Desde el punto de vista del cambio de la tecnología, la informática y el desarrollo y difusión de numerosos software —cada vez más amigables— de análisis y representación numérica, han permitido la difusión de la estadística como herramienta de presentación de diagnósticos sobre la realidad social. Hoy en día, incluso la utilización de sofisticadas técnicas estadísticas multivariadas se está haciendo cada vez más común, como muestra la profusa utilización que se ellas se hace en los Informes de Desarrollo Humano del PNUD.

Evidentemente, la informática no sólo ha tenido impacto en los sistemas de análisis de la información, sino también en su registro. Actualmente, el Estado dispone de mucha más información que antes sobre su propia actividad y la de la sociedad como conjunto.

Por supuesto, a esta descripción pueden hacérsele reparos. El conjunto de procesos que presento no es lo único que está ocurriendo en la sociología chile-

na actual. Desde otros puntos de vista, podríamos construir un relato en que el eje de los cambios de la sociología y las ciencias sociales actuales pasara por el fin de los grandes paradigmas y su fragmentación en discursos identitarios que reivindican modos de vida diversos, como lo que hacen los estudios sobre los grupos contra culturales, por ejemplo. Ese tipo de reparos es inevitable en ejercicios como el que estoy siguiendo. Una propiedad de la realidad social es que su complejidad y diversidad permite construir sobre ella variados discursos más o menos excluyentes que encuentran, cada uno de ellos —y pese a su carácter relativamente excluyente— cierto sustento en una selección intencionada de fenómenos. Por lo anterior, en mi defensa sólo puedo alegar que mi versión es uno de los relatos verosímiles de construir sobre el devenir del ejercicio de la sociología en Chile. En las siguientes páginas, trataré de desarrollar sus consecuencias para los lectores que hayan creído en su veracidad.

Antes que ello, debo aclarar que no es mi intención desarrollar el impacto que tienen estos cambios sobre los distintos subsistemas sociales. Por ejemplo, si bien resulta extremadamente interesante y necesario reflexionar e investigar el impacto que tiene en la actividad política el que sus operadores dispongan de más —y más inmediata— información sobre la opinión pública (¿permite a los políticos ser más sensibles a las necesidades de las personas?, ¿contribuye a la destrucción de los últimos restos de ideología partidaria en beneficio de actitudes oportunistas?), ese tipo de reflexiones exceden lo que me creo en condiciones de realizar actualmente. Por otro lado, tampoco me siento con el dominio necesario para realizar una evaluación valorativa de este conjunto de procesos (¿expresan éstos un aumento de la capacidad de control de las grandes organizaciones sobre las personas?, ¿representan un mayor control de los ciudadanos sobre sus líderes?).

Lo que si podemos concluir es que, independiente de nuestras valoraciones, el conjunto de destrezas que el cientista social o sociólogo requiere, para ser parte de los procesos arriba descritos, implica un mayor dominio técnico y mayores capacidades de recopilar y procesar información empírica sistemática, que la que era el estilo tradicional de los científicos sociales y sociólogos hasta hace pocos años. Efectivamente, aunque sin duda siempre han existido científicos sociales y sociólogos «empíricos», en el imaginario colectivo que establecía el «sociólogo ideal» se valoraba mucho más la capacidad de pensamiento globalizante y la habilidad para detectar con cierta rapidez los elementos centrales de un proceso histórico, que el centrarse en la meticulosa recopilación y procesamiento de datos sobre un aspecto acotado de la realidad.

No se trata de que el ejercicio «ensayístico» tradicional de los sociólogos haya estado exento de capacidad de reflexionar en función de información empírica. Por el contrario, la información empírica está presente en todos los ensayos, mal que mal éstos tratan sobre la realidad social. Pero no cabe duda que el tipo de datos empíricos utilizados es muy distinto en cada caso. Por ejemplo, la recopilación no sistemática de información que fundamenta un ensayo (incluso uno como éste) usualmente tiende a ser sólo confirmatoria de las hipótesis previamente sostenidas por el pensador en cuestión. Ese tipo de ejercicio se expone sólo en muy baja medida a la refutación, ya que el autor es particularmente

sensible a la información cercana a sus ideas preconcebidas y reactivo a la que las desconfirma.

Por el contrario, la recopilación de información sistemática que implican las investigaciones sociales actuales expone en mucho mayor medida al autor a refutar sus ideas iniciales. Aunque esta exposición nunca es total, ya que los investigadores siempre pueden influir consciente o inconscientemente en sus instrumentos para favorecer sus prejuicios, se puede afirmar con cierta certeza que la posibilidad de refutación está más cerca de las investigaciones empíricas sistemáticas, que de los ensayos. Esto no significa de ninguna manera que los ensayos sean poco productivos como actividad intelectual. Al contrario, cumplen un rol indispensable al presentar grandes marcos interpretativos de la realidad social y, por ende, ser fuente de hipótesis para investigaciones más sistemáticas. La capacidad de un ensayista para hilar información empírica con potente reflexión teórica en una síntesis clarificadora de un fenómeno es insustituible.

Sin embargo, precisamente, lo que puede hacer más productiva esa forma de trabajo intelectual, es la presencia mayoritaria de investigadores empíricos sistemáticos que aterrizen, concreticen y sometan a pruebas más rigurosas, las hipótesis que emergen de los grandes ensayistas. Mi percepción respecto del campo sociológico chileno académico actual es que aún no tenemos esa proporción. No obstante, los cambios que actualmente podemos observar en la actividad sociológica hacen obligatoria la presencia de un sociólogo más técnico y más empírico que el que actualmente es, aún, nuestro referente intelectual.

Posiblemente entonces, tanto en los campos de la intervención social, como en el análisis de la opinión pública, estamos siendo objeto de presiones que favorecen una presencia mayoritaria de investigadores empíricos sistemáticos. Queda la tarea de ver como se adaptan los procesos de formación académica de nuevos profesionales a estas tendencias. Creemos que es una buena opción para las escuelas de sociología a lo largo del país apoyar y sumarse a este proceso. No obstante, optar por esta línea de desarrollo implica para las escuelas de sociología tomar algunas decisiones estratégicas, entre las que podemos señalar:

- Fomentar que en publicaciones (revistas, documentos de trabajo) aparezcan en mayor proporción reportes de investigaciones empíricas, que ensayos.
- Privilegiar un perfil más «investigador» en las contrataciones de nuevos docentes. No se trata de que no se requieran docentes con una orientación central dirigida a la reflexión teórica, sino que, en general, ese tipo de docentes ya existe en los departamentos de sociología.
- Incluir más fuertemente la enseñanza de herramientas de investigación empírica en los currículums de las carreras de sociología.
- Organizar más actividades de encuentro académico en que exista el espacio para presentar investigaciones temáticas, que reuniones de reflexión respecto de la realidad social global.
- Producir lazos más nítidos entre la investigación empírica y la teoría, favoreciendo que las investigaciones empíricas, siempre tengan un refe-

rente o un set de hipótesis teóricas derivadas de la operacionalización de una teoría.

No cabe duda que el tomar esta decisión estratégica para el desarrollo de una escuela de sociología implica algunos costos, dentro de los cuales no es menor el posible desencanto que pueden experimentar los alumnos que ingresaron a la carrera de sociología buscando una comprensión global de la sociedad, al enterarse que se los está formando para realizar «simples y acotados estudios empíricos».

El desafío entonces es también encantar a los estudiantes con este rol científico y profesional, en que el placer no se obtiene ya del sueño de transformarse en el Weber o Marx de nuestros tiempos, produciendo un nuevo paradigma iluminador, o tampoco de la omnipotencia que da el creer que se está en posesión de las claves de interpretación de la sociedad contemporánea, sino del trabajo constante en un área de especialización, haciendo avanzar pacientemente el conocimiento y conectándose con una red de investigadores que están empeñados en la misma tarea en diversos lugares del mundo.

En términos de Kuhn, se trata de encantar a los estudiantes con la *ciencia normal* y dejar de idolatrar las *revoluciones científicas*. Para esto no estaría mal recordar que incluso para este autor, el principal avance científico se produce en los más frecuentes momentos en que predomina la *ciencia normal*, que en aquellas excepciones en que ésta, incapaz de resolver una creciente acumulación de incongruencias, se reconstruye globalmente. Sin embargo, en el contexto actual de desafíos que enfrenta la disciplina, ¿nuestra única tarea en el ámbito académico es colaborar en producir este reajuste de prioridades entre la investigación empírica y la reflexión ensayística?

Me parece que también tenemos bastante que aportar en el campo del mejoramiento de la calidad de los instrumentos de producción de información que actualmente se están utilizando para el conocimiento de la opinión pública, para la evaluación de programas sociales o el conocimiento de las motivaciones políticas de las personas. Producto quizá de lo rápido que han ascendido las demandas dirigidas a las ciencias sociales por información empírica necesaria para resolver preguntas relacionadas con temas públicos apremiantes, podemos notar un explosivo crecimiento de investigaciones empíricas cuantitativas y cualitativas aplicadas, que utilizan instrumentos y procedimientos de dudosa calidad. Por ejemplo, de la multitud de encuestas que se construyen para testear la opinión política de las personas y que obtienen amplia difusión y visibilidad pública, ¿cuántas de ellas superan niveles mínimos de calidad en sus procedimientos de muestreo, en el diseño de sus instrumentos, en la presentación pública de sus resultados, entre otros temas?

En otra área, ¿cuántos grupos focales o de discusión realizados para conocer las intenciones de mercado de la población respetan los principios básicos de esas técnicas en su análisis o cuando menos en su producción? Focalizando la mirada en los instrumentos cuantitativos, ¿cuántos cuestionarios utilizados para describir a una población utilizan preguntas que hayan sido validadas previamente, de la

suficiente calidad y en el suficiente número, como para medir conceptos complejos como los usualmente reportados?

Una observación somera y mi experiencia profesional en el tema de la investigación cuantitativa en Chile, me indican que el crecimiento de la investigación empírica, tiene actualmente pies de barro. Es así como se ha avanzado fuertemente en términos del conjunto de técnicas estadísticas disponibles para hacer análisis sociales, pero no se ha avanzado en la misma medida en la calidad de nuestros instrumentos de producción de información.

No olvidemos que dado que nuestros principales instrumentos de producción de información (entrevistas grupales e individuales y encuestas) dependen usualmente de los auto reportes de los sujetos, por lo que puede discutirse la validez básica de la información de que disponemos. Y si a ello agregamos instrumentos contruidos a la carrera, tenemos razones técnicas para sospechar de nuestros resultados.

A pesar de lo anterior, actualmente podemos observar avances importantes también en este campo. Por ejemplo, aparecen esfuerzos por coordinar las diversas encuestas que el Estado realiza, se observa también un creciente interés por incluir índices y preguntas validados o con posibilidad de comparabilidad internacional en las encuestas de opinión pública. Por ello, la segunda propuesta de este artículo consiste entonces en sumarse desde la academia a este proceso, realizando investigaciones sobre el campo de la investigación social actual, sus metodologías, sus supuestos y la validez y legitimidad social de la información que se produce.

Para este trabajo, la academia posee una serie de ventajas inestimables: un ritmo mucho menos mediado por las exigencias del mercado, alumnos con interés de entrar al mundo de la investigación empírica y docentes que pueden dedicar tiempo a reflexiones imposibles desde otros ámbitos.

En síntesis, la propuesta de este artículo consiste en desarrollar un trabajo académico que fomente en los futuros profesionales de las ciencias sociales y la sociología el interés por la investigación empírica temáticamente focalizada, más que por las reflexiones globalizadoras, al tiempo que, una de estas líneas de investigación empírica se centra en torno a los propios instrumentos y técnicas que utilizamos para investigar dicha realidad.

Se trata entonces de reemplazar artículos más bien especulativos como este mismo, por otros que describan en forma empírica sistemática el campo de la sociología chilena actual, o que investiguen las condiciones de legitimidad de las encuestas sociales en funcionarios públicos, o que hagan un análisis de la calidad de los análisis de discurso o contenido realizados por las empresas de estudios de mercado, entre otros múltiples temas posibles. Por supuesto, esta propuesta puede mover a la justa sospecha de parcialidad, ya que el autor del artículo termina recomendando justamente el conjunto de saberes y actividades que constituyen su nicho de experiencia y experticia.

No tengo muchos argumentos racionales para defenderme de esa presunción, salvo señalar que posiblemente sea verdadera y ampararme en la retórica de apuntar la promesa que esta propuesta implica para la sociología: constituir un profesional

más contextualizado con las demandas laborales de su sociedad en un tiempo sin grandes metarelatos, y con cierta capacidad de incidencia en la realidad social, un investigador más legitimado por otras disciplinas científicas (ya que este programa de trabajo es semejante a la de otras disciplinas) y un científico más conectado con sus pares de otras partes del mundo.

Creo que trabajar por la materialización de esa promesa puede valer la pena como apuesta para la sociología actual. Por ello, artículos como el actual debieran dejar cada vez más espacio en las revistas de ciencias sociales a reportes de investigaciones empíricas que pongan a prueba nuestras presunciones.